

## EL EXPERIMENTO DEL DOCTOR ROSENFRANCK\*

EDUARDO LIZALDE

Más que proverbial, la locura del doctor Rosenfranck era en su pueblo —una pequeña comunidad rural próxima a la ciudad de Karlsruhe—, aperitivo, manjar y comidilla indispensable para atemperar el tedio y alimentar el buen humor de los ochocientos, no más, ansiosos y vegetativos, pero no vegetarianos ni abstemios habitantes de la próspera villa.

No era allí el doctor la primera víctima del animado escarnio tabernero del lugar, ni estaban los tiempos para mayores diversiones en esos germanos 1840 o 1845, y mucho menos en esas regiones a las que no llegarían sino muy tibias las llamaradas de la revolución continental que ocurriría unos cuantos años después. La familia Rosenfranck era de locos y de acaudalados dispendiosos, pero saludablemente avaros. Nadie olvidaba al bisabuelo del doctor, espeleólogo amateur y gran farsante, que había hecho traer cientos de ejemplares de quirópteros voladores para hacerlos vivir en los sótanos de su castillo. Al final de su vida, el viejo caminaba por las calles del pueblo apoyado en un bastón de plata con cabeza de dragón, arrastrando una jaulilla rodante en que se exhibía por las noches el más corpulento de sus murciélagos. No lo llevaba libre para que extendiera su vuelo ante el terror de los paseantes porque ya alguna de sus mascotas predilectas de la misma especie lo había mordido durante una anterior caminata nocturna.

Mejor, pero con más inocente arrojo, lo habían hecho el abuelo y el padre del doctor en años posteriores, pues el primero, quizás para borrar el nauseabundo aspecto del zoológico paterno, se paseaba con poéticos ramilletes de mariposas, de caleidoscópicos matices, atadas como globos a también multicolores hilos de fina seda (lo que, naturalmente, suscitó el rumor de sus inclinaciones feminoides); y el segundo, para dar prueba de hombría y superarse en la

emulación de sus ancestros, acostumbraba inocua y sencillamente pasear también con una enorme mosca, atada y zumbadora, que se posaba de vez en cuando sobre su chistera.

Con el más trágico y talentoso de los Rosenfranck, que no tuvo descendencia, llegó a su término aquella estirpe de orates, que florecieron y amenizaron a sus coetáneos en la culta y rica región de Baden-Württemberg.

El último doctor, chalado y lo que ustedes quieran, pero en contraste con sus simuladores ancestros, había hecho una consistente carrera científica en diferentes centros universitarios como Stuttgart y Colonia, principalmente en el campo de la biología y la química.

Lo único ordenado y limpio que podía hallarse en su desvencijado y polvoriento castillo familiar



\* No figura este texto en el libro *Manual de Flora Fantástica*, que acaba de salir de las prensas de Cal y Arena. Se incorporará en futuras ediciones a ese permanente *work in progress*.

era el vasto laboratorio, donde el doctor Rosenfranck pasaba dieciocho horas al día, a veces veintisiete, pues para él no existían el calendario ni el reloj. Allí, en treinta años de labor ignota había vivido, sin que señal de académico fruto, descubrimiento o faena profesional ningunos hubieran ocurrido en su imperio.

—¿A qué se dedica el doctor Rosenfranck bajo los escombros de ese faraónico caserón en ruinas? —preguntaban los forasteros.

—A sus locuras, es decir, a nada —les respondían siempre.

Pero nadie imaginaba la clase de locura monumental en que andaba metido hasta las orejas el doctor Rosenfranck desde el primero de diciembre de 1847, en cuya noche celebraba su cumpleaños número cincuenta con vino espumoso, ante el asombro de su siempre atribulada y sufrida mujer y sus dos sobrinos, que raramente lo veían alegre y dispuesto a compartir los placeres de una espléndida mesa con sus parientes.

Acababa de leer, en una traducción francesa, el famoso libro de Mary Wallstonecraft Shelley, *Frankenstein, or The Modern Prometheus*, que desde su primera edición en 1818 había pasado por sus manos en inglés, pero que nunca se animara a leer en su lengua. Dos cosas descubría el doctor en ese auroral momento de su vida: primero, que Mary Shelley era un genio, pero no de la ficción, sino de la ciencia; y segundo, que había nacido como Rosenfranck en el



mismo año 1797 y que vivía aún en Londres.

Incontables misivas y mensajes, siempre anticipados por el exordio inoportuno de algún párrafo precedido con las palabras "Quincuagenaria, bella y genial amiga", le envió el doctor a la inglesa, que minuciosa y sistemáticamente, y ocupada en su particular y prestigiosa locura, se encargó de no responder nunca, amparadas como lo eran por la firma de un alienado que se hallaba evidentemente para los leones.

Pero ni siquiera la infame indiferencia de la creadora de Frankenstein, ni la infancia tecnológica de la era (a siglo y medio del ADN y la revolución de nuestra contemporánea ingeniería genética, que ya logró la clonación de una oveja y pronto intentará alguna entre la indiada mexicana a la que pertenecemos), arredró al doctor Rosenfranck, que decidió realizar su matemáticamente bien concebida aventura: fabricar una criatura sin las huellas digitales del Creador del Universo.

—No crearé un monstruo como el Frankenstein de Mary Shelley, porque la cirugía no es mi especialidad, pero crearé una rosa eterna, ¡un monstruo de belleza y de inocencia! ¡Die Franckensteinrose! con ck, para que no se confunda con el monstruo asesino de la Shelley.

Convencidos la escasa familia y la obediente servidumbre del doctor, tras esos anuncios alarmantes, de que el hombre se hallaba en el climático período terminal de su locura, consultaron al confesor de la casa y atendieron su consejo de no hacer más que llevarle la corriente al genio, y aguardar el sedante suceso de su desaparición definitiva.

Pero ¡Dios todopoderoso!, nadie pensó entonces que el impredecible gran chiflado del doctor fuera capaz de llevar el proyecto al laboratorio, y menos que consiguiera crear su rosa inmortal.

Una mañana, los llamó a todos con una misteriosa caja vítrea en la mano y les informó que había convocado a distintos médicos, farmacéuticos, curas y personalidades de la villa para anunciar que era el padre de una criatura que daría fama a la vecina Karlsruhe y a la región de Baden, a Berlín y a la Alemania entera.

En un tiesto, bajo una campana de cristal, y ante la incredulidad de todos los que tenían varias décadas riéndose del loco, que hacía sin falta las indecibles delicias de la comunidad, el doctor mostró a la Franckensteinrose y dijo:

—Todas las criaturas de su especie, las bellas rosas del planeta, queridos amigos, han sido el símbolo universal de la hermosura y la perfección efímeras. Esta será la madre de todas las rosas, la madre inmortal. Se quedará aquí en el centro de esta placita, como una especie de escultura viviente, para que todos puedan confirmar, día con día, que nuestra rosa



no muere. En mi laboratorio se ha mantenido viva, fresca, y eterna como es, durante más de veinte días.

Y la rosa, que tenía un color rojo grisáceo por cierto, y una textura vagamente pilosa, como la de una pieza de ante o terciopelo, se quedó en la plaza, bajo la sola vigilancia de un empleado del doctor. Todos los asistentes a la presentación, incluidos los médicos y los entendidos, se retiraron naturalmente escépticos, declarando al loco más desbordado que nunca en sus desvaríos, pero prometiéndose volver al día siguiente para constatar que la rosa inmortal había sobrevivido por lo menos a la noche última.

Pero la rosa sobrevivió, admirablemente, más fresca y más fragante que en los días de su primera edad —como se comprobaba cada vez que se la observaba y olía de cerca sin la campana de cristal—, durante más de un mes.

A esas alturas de la demostración había llegado al extremo la irritación del más ilustre facultativo y galeno del lugar (sólo había tres en toda la zona vecina), que decidió acabar de una vez por todas con el experimento del loco y lo desafió a probar la real existencia de su criatura inmortal, en pleno día, y en presencia de todos los pobladores.

—Que se me permita tocar la rosa, hacer una pequeña incisión en su tallo para ver si hay en él verdadera savia, para conocer su temperatura y demostrar que no es una planta viva sino un producto artificial. Ninguna rosa es eterna. Tampoco lo somos nosotros.

—Muy bien —dijo Rosenfrank—, pero si hace

daño a mi rosa, lo mato, y lo digo en serio, o le suelto a mis perros.

No fue necesario que el doctor Rosenfrank matara a su colega, porque la rosa lo mató antes. Cuando el galeno tocó el tallo, recibió una especie de mortal descarga química que lo hizo desplomarse sin vida frente a la base de cristal, paralizado y emblanquecido repentinamente como un monigote de nieve.

El mismo doctor Rosenfrank se aproximó entonces a su engendro para quebrar el tallo con las manos y destruir al monstruo, hijo de Frankenstein y de Mary Shelley. Logró romper y deshojar parcialmente a la rosa y se desplomó a sus pies junto al odiado cuerpo del facultativo.

Su monstruo de belleza había sido construido en la realidad, y con más buen éxito que el puramente literario del doctor Frankenstein, pero el doctor Rosenfrank había incurrido sin saberlo en el mismo error que el científico de la novela, pues injertó a su rosa la corola y la raíz de una planta perenne de raza criminal y tóxica en exceso, posiblemente de la especie *Lupinus o Lathyrus cicera*, que en Europa recibe el nombre de *Altramuz*. Una de las más venenosas y destructoras que registran la moderna y la antigua farmacología.

La leyenda relata que el cuerpo del galeno, del doctor Rosenfrank y de su Franckensteinrose fueron incinerados en la misma plaza de los triste acontecimientos, donde se levantó un monumento a la rosa efímera, en cuyo zócalo consta la aparentemente ociosa y tautológica inscripción: Todas las rosas son mortales. <

